

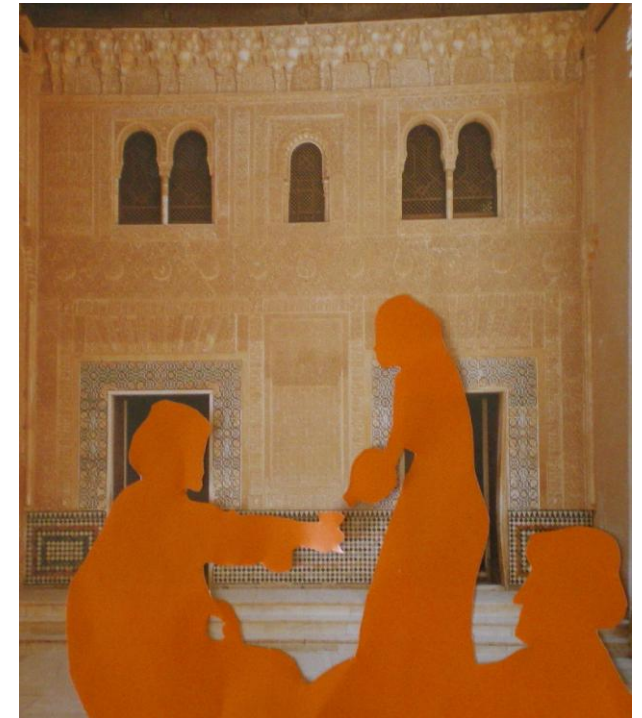
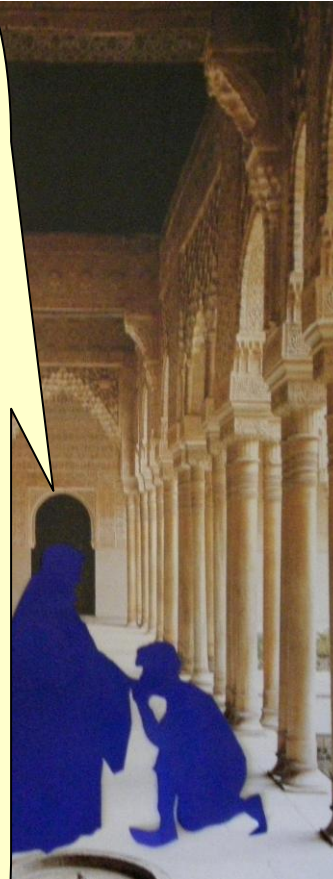
Hace mucho, pero que muchísimo tiempo, en la Alhambra vivía un príncipe que era muy guapo. Sus vestidos eran de colores brillantes y llevaba una capa blanca, en la que envolvía su vigoroso cuerpo, pues era muy fuerte y valiente. Su nombre era príncipe Ahmed. Y todas las personas que vivían en el palacio admiraban su belleza, su gracia y su arte.



El príncipe Ahmed tenía un papá que era un sultán muy bueno y justo y todo el mundo lo quería mucho. Pues bien, un día el sultán le dijo a Ahmed:

¡Hijo mío, yo ya soy muy viejo y estoy cansado, muy cansado de gobernar este reino tan grande. Así que dejarás de ser un príncipe y te convertirás en sultán de la Alhambra.

Serás justo, hijo mío, porque la justicia es la más hermosa de las cosas de este mundo. No olvides premiar a las buenas personas y has de castigar a los hombres y mujeres malos. No lo olvides nunca, Ahmed. Si no eres justo y bueno puedes sufrir los castigos de la mano y la llave. Adiós, hijo mío, dame un abrazo



El nuevo sultán Ahmed se puso contentísimo. Organizó una fiesta por todo lo alto, con comidas muy ricas, dulces y frutas del huerto.

De los jardines del Generalife trajeron muchas rosas y un mago, llamado Caradín, que con su arte y su magia consiguió una cosa muy difícil: ¡Que hasta las rosas bailaran!

¡Qué feo, qué feo! ¡No me gustan las rosas que bailan! Yo quiero bailarinas hermosas y de verdad, que muevan bien el cuerpo.

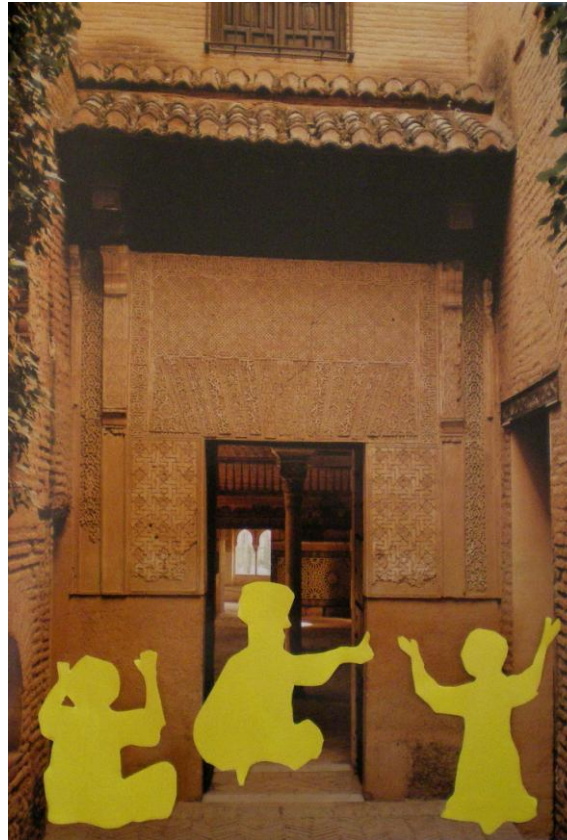


Comenzó a quejarse de la comida, y a todas las cosas hermosas que le ofrecían les ponía pegos. Tocaba las palmas y mandaba a todo el mundo con grandes voces.

El bello rey Ahmed se volvió un poco malo y mandaba a su capricho a la pobre gente honrada a las cárceles del Palacio.

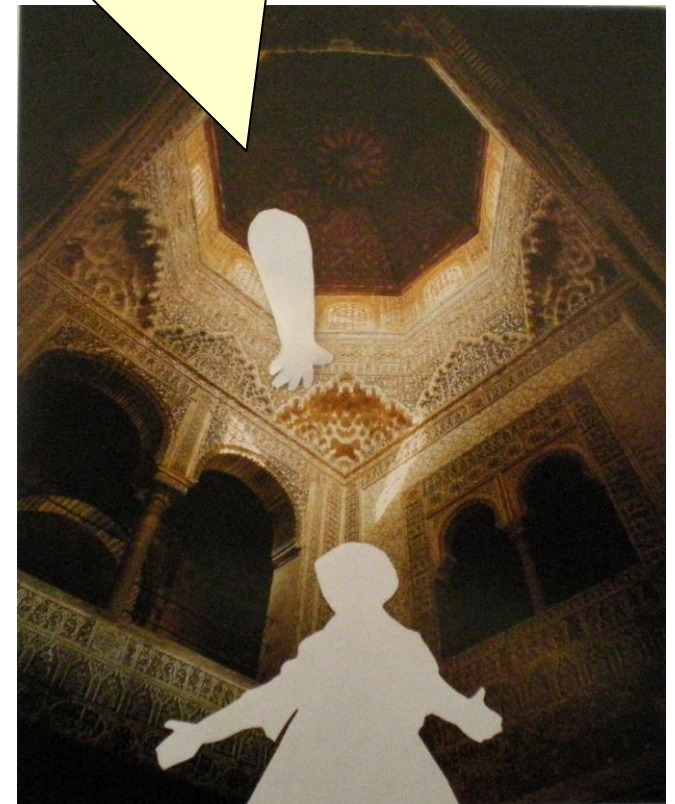
La gente se ponía de rodillas sin saber que habían hecho para enfadar al príncipe y

pedían perdón, pero el muy cabezón y loco no hacía caso. Y los soldados se llevaban a más personas a las más oscuras cárceles o los encerraban en altas torres.

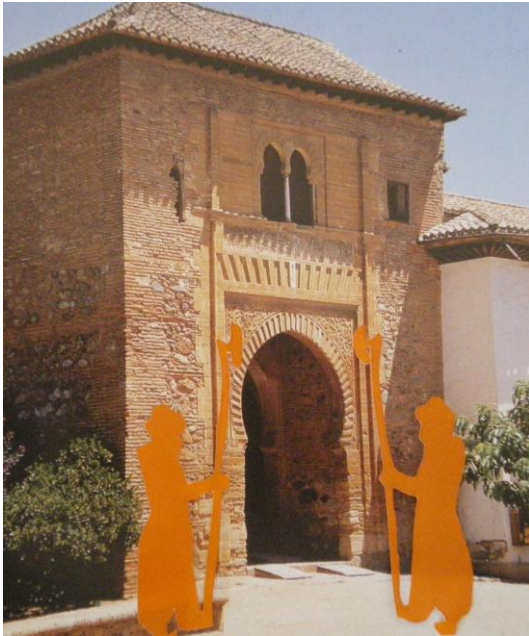


Pero una noche que Ahmed se quedó profundamente dormido apareció una mano que hablaba:

“¡Ahmed, ya no te acuerdas de tu anciano padre! ¡Qué pronto has olvidado lo que te dijo! ¿No recuerdas que si no eres justo y bueno puedes sufrir los castigos de la mano y la llave? Aquí me tienes. Yo soy la mano y te pegaré, y te pegaré y no me hartaré. ¡Toma, toma, por malo!”

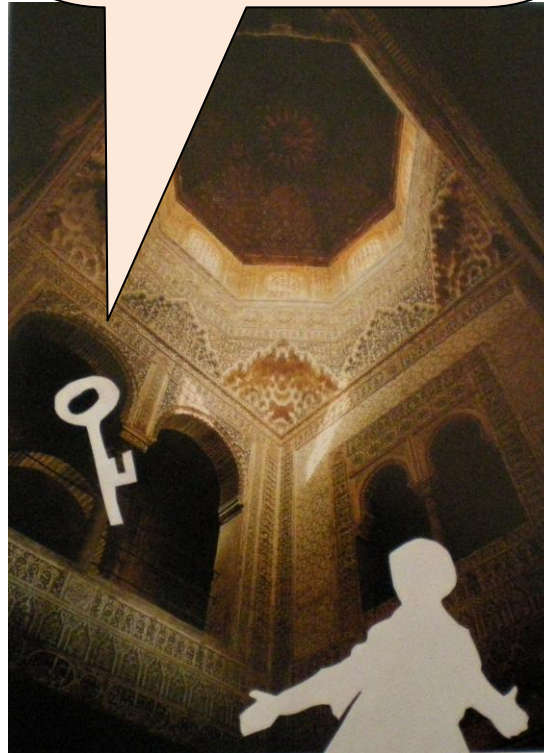


Ahmed gritaba como un loco pero cuanto más gritaba más le pegaba la mano. Podéis figuraros como tenía el culo. Se le puso morado como una berenjena y ya no podía sentarse; sólo estar tumbado boca abajo Su enfado era grandísimo, enorme. Pero en lugar de cambiar, como estaba muy enrabiado, mandaba a más gente a las mazmorras

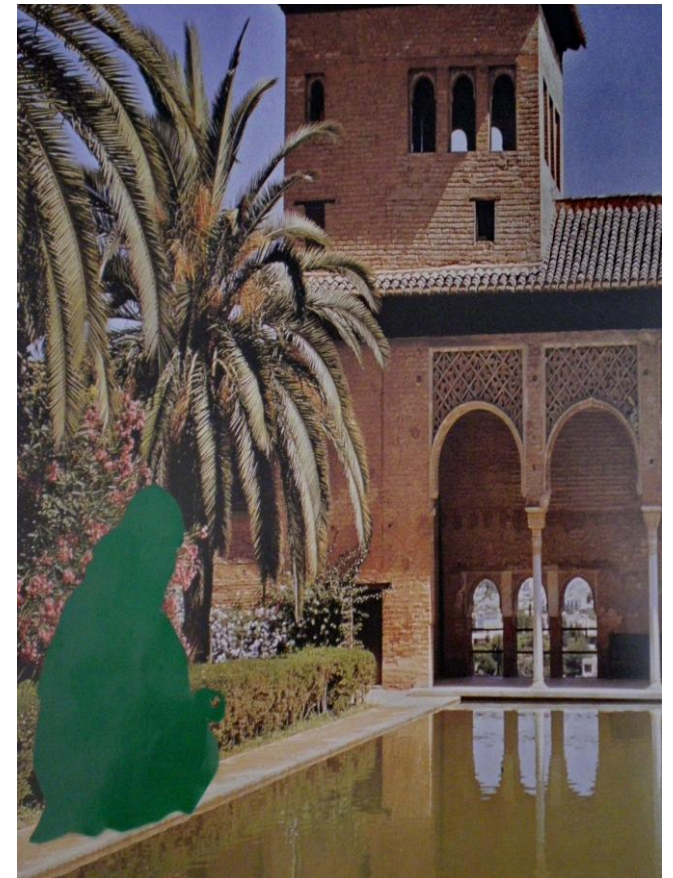


A los pocos días, mientras dormía boca abajo porque el culo le dolía un montón, apareció la llave que le dijo:

“Pero Ahmed, sultán mío, ¿aún no has escarmentado bastante? ¿Quieres más guerra? Yo soy la llave que cierra la boca a los tontos que hacen daño a la gente inocente y buena. Mañana no podrás hablar y aunque quieras gritar no podrás hacerlo y ni una palabra saldrá de tu boca. Este es mi castigo”.

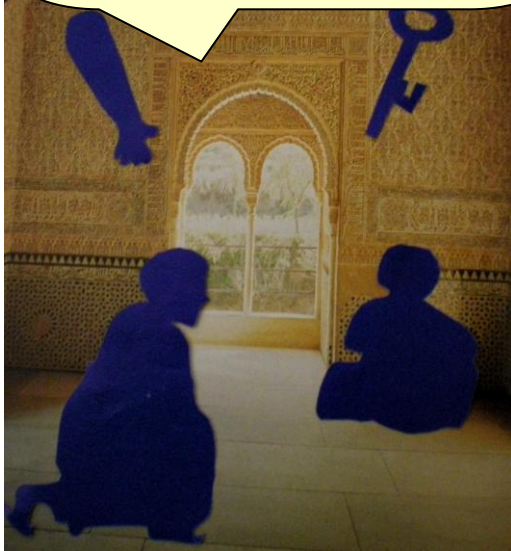


Por la mañana cuando Ahmed se despertó estaba completamente mudo. Se tiró al suelo y empezó a llorar. Tantas lágrimas salían de sus bellos ojos que los criados las recogían en regaderas con las cuales llenaban las albercas del palacio de la Alhambra.



Pasaron tres días y de pronto aparecieron el anciano sultán con la mano y la llave y le dijeron:

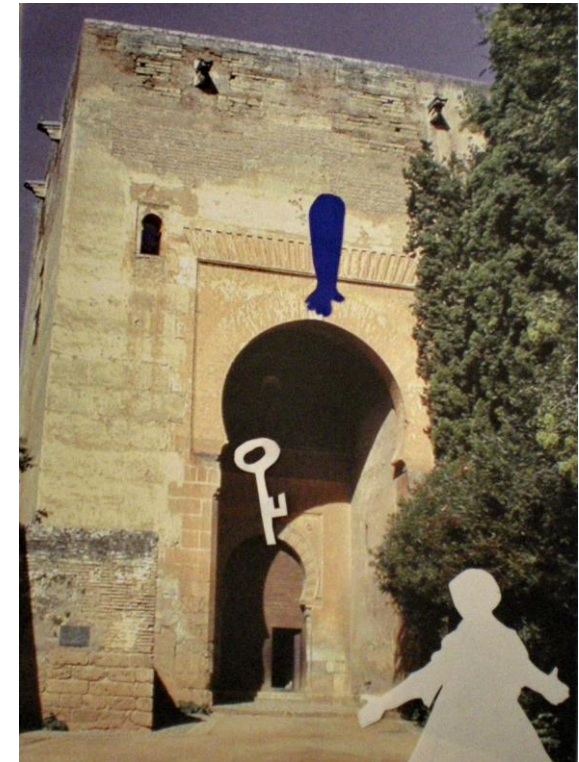
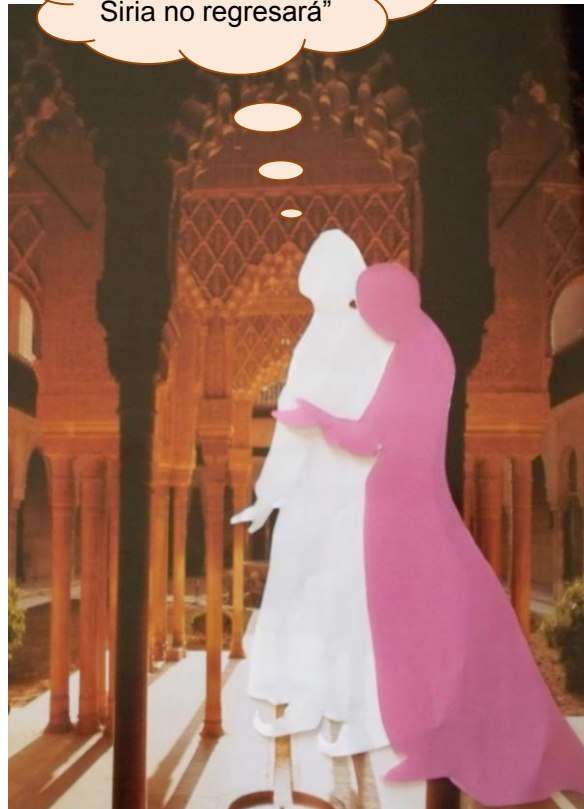
“Te perdonamos. Y podrás hablar. Pero, para que no te olvides de ser bueno y justo, todas las mañanas has de ir a pasear a la Puerta de la Justicia donde verás una mano y una llave que son muy grandes, grandotas”



Ahmed cambió y se hizo tan bueno, tan rebueno que cuidaba personalmente de los pobres. Construyó hospitales para viejecitos y enfermos y los visitaba con frecuencia. Y no se olvidó de los niños ni de las niñas. Mandó que hicieran muchos jardines con columpios y escuelas

Un día llegó a la Alhambra una princesa hermosísima, venía del Oriente lejano, concretamente de Siria y cuando Ahmed la vio casi se desmaya de la impresión

“Con esta princesa me he de casar y a Siria no regresará”



Y fueron felices, se hartaron de perdices, de frutas y de verduras de los huertos de la Alhambra.

Esta historia ya se acaba aquí pero antes de irme os diré que todavía están en el palacio de la Alhambra la mano que le pegaba a Ahmed y la llave que le cerraba la boca.



LA MANO Y LA LLAVE

Dicen y es verdad que el estado islámico granadino alcanzó gran prosperidad. Tan importante era que musulmanes de otras partes del mundo cruzaban todos los desiertos para llegar a la bellísima Granada.

